

RECENSIONES

Rosalina García

De íntima brasa

Los Teques, Ateneo de Los Teques, 1994 (2^{da}. edición)

Daniuska González

Ella es delicada como las mariposas que aprisiona en sus versos, sensible como la flor de trébol que desgarrar su muerte en las manos del viento, es poeta; sabe del oficio como los alquimistas de los antiguos tiempos, que alimentaban los sueños en el preciso minuto de la revelación, pero en ellos sólo latía un corazón para el descubrimiento mientras en esta mujer se resucita y vibra la alquimia mayor, la palabra.

Viene de regreso a la luz Rosalina García, ella, la poetisa, y con su sensibilidad e inefable lirismo ofrenda el encantamiento del verso en *De íntima brasa*, una segunda edición para un poemario que arde entre las llamas de una sensualidad palpitante y de un misticismo que sucumbe ante la esen-

cia de un ser detenido por los espectros de un pasado de remotas incógnitas.

Dijo Octavio Paz que los poetas no tenían biografía, que sus obras eran sus biografías, y parece transparentarse el alma, el éxtasis, la vida de Rosalina a través de estas páginas tan suaves pero tan resueltas que fluyen sin la prisa y con la majestuosidad de la metáfora acabada.

En dos cauces abre la poetisa su reflexión amorosa, su desvelo espiritual y su postración ante el misterio de lo sublime: "En fuego de memoria, consumida" y "Toma de Alción", aguas divisorias que arrastran la magnificencia de un canto profundo y desgarrador que escapa por momentos a la propia creadora.

Palabras divinas que conjuran la simplicidad de la realización humana anuncian la entrada al universo lírico de este libro; arrancada del infierno, la nueva Eurídice no sólo sigue los pasos de su Orfeo que con mágicas melodías clama por el rescatado amor, ahora la ninfa desnaya en la aventura que impone ser mujer:

*Ella concebirá
para que tú en el tiempo
te reduzcas al polvo,
y asuntos inferiores
recluyan tus deseos
y tu vida la ordenen*

*De esa pena, creo,
saldrá radiante Eurídice.*

Y Rosalina repara en lo efímero y enaltece su voz hasta límites que se confunden en la levedad de los místicos, y se sujeta al decir de pequeñas cosas (el agua, la noche incierta, las horas) para revelar la consumación de su traspaso hacia otros estados de la poesía.

Todo ello y aún más constituyen a *De íntima brasa*, la primera parte de "En fuego de memoria, consumida", que le otorga nombre al poemario, porque "Quien tanto amó", la segunda, deviene insoslayable encuentro entre la divinidad suprema y el "yo" tangible y a la vez irreal de quien escribe.

A qué caminos recurrió la poeta para estremecer sus versos con la tristeza y el esplendor de una comunión sagrada, solamente ella conoce; se rinde al éxtasis en un ascenso divino, para partir de un ayer que concluirá en lo desconocido, en el enigma, reiteraciones que someten a Rosalina a poemas de intensidad tan absoluta como "La muerte pequeña".

Para "De la tarde, evoco" la melancolía se entrelaza con cierta incertidumbre, hija legítima de la aproximación de la autora a lo más acendrado del universo espiritual; aquí subsiste el miedo a profetizar bajo qué conjuros se resucita el pasado, que no por distante tienta y asusta menos al presente.

Como la entrega de una mujer, plena, desbordante, febril, surgen los cantos de "Toma de Alción", segunda epopeya de Rosalina ante la palabra. La poetisa acrecienta la pasión, inventa el desasosiego, es devorada por el amor; el encantamiento sublime que animó las poesías anteriores aparece casi roto, extinguido por el deseo y la búsqueda amorosa.

Circunscribe la intimidad, sin embargo, otros círculos que se extienden más lejanos que los del amante: la naturaleza, desde sus estaciones y meses hasta la belleza siempre evocativa de un caballo, animal que trasciende en la poesía como imagen adelantada y visionaria del hombre; los estados de ánimo, descifrados a través de trajes, especies de hilos de Ariadna para llegar al corazón que únicamente se ofrece al ser sobre el cual "se ha trazado la tierra y el cielo".

"Toma de Alción" convive también con la vigilia de Rosalina frente a la huella desgarradora del tiempo, en unos poemas que se insinúan más terrenales y menos fúlgidos de éxtasis e intuición.

De improviso caen sobre las sílabas el aliento de la certeza, la lumbre del sol que convida a fundirse en los excesos del amor. Se entremezclan a sus anchas el querer, el espíritu, la voluntad y quedan doblegados por el ímpetu de una frase, por el elocuente verbo:

(...)
*Siento
que vivirás
una estación
conmigo
porque
mi amor desmaya sin tus cantos
y yo no sé vivir sin tu presencia.*

¿Con qué magia fraguó Rosalina un mundo interior tan vasto e inigualable en riqueza vital?, pareciera que en **De íntima brasa** hablaran los dioses y los milenios de misterio de la raza humana. ¿Cómo interpretar palabras que huyen de lo trivial y se ad-

hieren a un alma que sólo encuentra el sosiego desde el fuego de la metáfora, desde el dolor de la escritura?

Abrasarán aún más estos versos, como llamas que refulgen a las caricias del viento; hallarán el sitio exacto entre el decir y la pluma y la poetisa se aprestará entonces a entretejer otros cantos, moderna Penélope que transmuta la delicada tela por la página y atrapa en el tiempo la dicha de la espera.

Septiembre 26/94.

Rosalina García

De íntima brasa

Los Teques, Ateneo de Los Teques, 1994 (2^{da}. edición)

Yolanda Osuna

Cuando salió a la luz este hermoso poemario de Rosalina García, allá por el año 87, tuve el honor de ser escogida por la autora para ponerle unas palabras de presentación. Hoy, que celebramos la segunda edición del poemario *De íntima brasa*, siento renovada la confianza de la poeta en mi lectura.

Es así, pues, como voy a compartir con ustedes mis impresiones, en esta nueva lectura que hago del poemario de Rosalina, porque es una característica de la poesía el presentar una riqueza variable para cada lector y hasta para un mismo lector que acostumbra embriagarse con los tonos y acentos musicales de la palabra escrita.

Actual 393